

FEMINISMOS

Manuela D'Ávila

¿Por qué
LUCHA-
MOS?

Un libro sobre amor y libertad

LATINOAMERICANOS

traducción de
maría paula vasile

feminismos
latinoamericanos

siglo xxi editores

CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREEROS, 04310, CIUDAD DE MÉXICO

www.sigloxxieditores.com.mx

siglo xxi editores, argentina

GUATEMALA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA

www.sigloxxieditores.com.ar

anthropos editorial

LEPANT 241-243, 08013, BARCELONA, ESPAÑA

www.anthropos-editorial.com

D'Ávila, Manuela

¿Por qué luchamos? : un libro sobre amor y libertad / Manuela D'Ávila;
ilustrado por Pupé. - 2a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
CLACSO ; Ciudad de México : Siglo XXI, 2021.

Archivo Ddigital: descarga

Traducción de: Paula Vasile.

ISBN 978-987-813-051-4

1. Feminismo. 2. Líderes Políticos. I. Pupé, ilustr. II. Vasile, Paula,
trad. III. Título.

CDD 305.4201

clacso secretaria ejecutiva

karina batthyány - secretaria ejecutiva

maría fernanda pampín - directora de publicaciones

equipo editorial

lucas sablich - coordinador editorial

solange victory - gestión editorial

nicolás sticotti - fondo editorial

traducción de maría paula vasile

ilustraciones de pupé

primera edición, 2019

por que lutamos?: um livro sobre amor e liberdade
planeta, são paulo

primera edición, 2020

© siglo xxi editores, s.a. de c.v.

en coedición con

© consejo latinoamericano de ciencias sociales

ISBN 978-987-722-695-9

derechos reservados conforme a la ley

¿Por qué luchamos?
Un libro sobre amor y libertad

Manuela D'Ávila

Ilustraciones de Pupé



CLACSO



siglo veintiuno
editores

*Para mi abuela Solange, que siempre me contó
sobre la mujer que ella podría haber sido.
Para cada una de las mujeres que no logramos salvar.*

Presentación

Feminismos latinoamericanos busca contribuir a hacer crecer la marea, cada vez más potente, de las reflexiones y las experiencias que los diversos feminismos producen y que ocupan un lugar central en la construcción de sociedades más justas, igualitarias y diversas.

Esta colección pone en circulación un conjunto de libros sobre estudios de género y sexualidades disidentes, historias de las mujeres, deseos, saberes, prácticas, luchas pero también conquistas de derechos. Y, al mismo tiempo, construye un archivo imprescindible de los feminismos en la región.

Una serie que pretende ver el mundo desde enfoques teóricos, distintos pero complementarios entre sí, y que tiene como propósito fundamental tender redes entre las mujeres de América Latina y el Caribe, traspasar fronteras, abrirse a nuevos territorios e impulsar nuevos diálogos.

Con este propósito, Clacso y Siglo XXI Editores colaboran en esta iniciativa para promover debates, abrir espacios de reflexión y multiplicar las voces que ya no podemos dejar de oír. Una biblioteca, en definitiva, pensada como intervención y herramienta para promover el conocimiento

y las ideas de las teorías feministas en nuestro continente, dirigida a públicos también diversos, como los feminismos, comprometida con los tiempos que vivimos.

KARINA BATTHYÁNY
DIRECCIÓN DE LA COLECCIÓN

NICOLÁS ARATA Y FERNANDA PAMPÍN
COORDINACIÓN EDITORIAL

Prólogo

En este libro, en algún momento Manuela D'Ávila escribe que no siempre fue feminista. Ella, más joven que yo, lo sé, no llegó a los cuarenta, pero hay personas que son así, mejores amigas del tiempo. Como Caetano. De regreso a lo que decía: que ella, en algún punto de su vida de “la más joven de varias cosas”, se jactó de, a diferencia de la mayoría de las muchachas, “sólo tener amigos hombres”, como si eso la distinguiese positivamente de alguna manera (con lo que, de hecho, vergonzosamente, me identifiqué).

Que cuando su madre se separó en 1977, año de la ley de divorcio, percibió, siendo aún pequeña, que el nuevo estado civil de su madre (divorciada) la excluía de varios “lugares en el mundo”, y que eso se consideraba totalmente “natural”.

Que una sola frase de su amiga Marcia Tiburi la hizo leer al feminismo a través de la lente más dulce y cariñosa que existe, ya que, según la definición filosófica, “el feminismo es lo opuesto a la soledad”. #LoAmé.

Que hasta los 23 años, cuando fue electa concejala, no tenía la menor idea de cuán protegida estaba de los efectos del machismo, tanto de los hombres, mayoría absoluta en la Cámara y también en el Congreso, como de las mujeres, lo que le dolió aún más.

Que el día en el que la entrevistaron en el tradicional programa de TV Cultura, *Roda Viva*, en junio de 2018, ha sido una de las peores y de las mejores de su trayectoria hasta el momento (lea y va a entender).

Que la maternidad, que ya había iniciado con la crianza de su hijastro Guilherme, amplió infinita e irreversiblemente su consciencia de privilegiada, ya que pocas brasileñas pueden, como hizo ella, amamantar a su hija Laura sólo con leche materna hasta los 6 meses. A propósito, recomiendo buscar en Google la foto de ellas en Brasilia.

Y así sucesivamente. Un descubrimiento tras otro, algunos de ellos bastante asombrosos. Manuela, para mí la mayor representante de la camiseta *Lute como uma garota* [Lucha como una mujer], nos ofrece en estas páginas el camino que recorrió hasta, como decía Simone de Beauvoir, convertirse en la mujer que es hoy: alguien que puede incluso no tener el sello de “100% feminista”, como si eso existiese, pero que cada día busca hacer la diferencia en términos de igualdad, no sólo entre hombres y mujeres, sino principalmente entre las personas, alguien que creció escuchando que “las mujeres no son amigas de otras mujeres”.

Yo quiero ser su amiga, y pienso que tú también vas a querer lo mismo.

MARIA RIBEIRO
ACTRIZ Y ESCRITORA

Si eres una mujer fuerte,
protégete con palabras y árboles.
E invoca el recuerdo de mujeres antiguas.
Debes saber que eres un campo magnético
al que viajarán gritando los clavos oxidados
y el óxido mortal de todos los naufragios.
Ampara, pero ampárate primero.
Mantén la distancia.
Constrúyete. Cúidate.
Atesora tu poder.
Defiéndelo.
Hazlo por ti.
Te lo pido en nombre de todas nosotras.

Consejo para una mujer fuerte
Gioconda Belli

Lucha.

Sustantivo femenino.

¿Femenino? ¿El feminismo no es antifemenino? ¿Es lo contrario de machismo? No, el feminismo es lo opuesto a la soledad.¹ Feminismo, cuerpos, pelos, cabellos. Aborto. Violación. Salario más bajo, asedio, más trabajo. “Hijos: mejor no tenerlos, pero si no los tienes, ¿cómo sabes cómo es?”² Maternidad obligatoria, guarderías, trabajo doméstico, trabajo no remunerado. Soledad, cuidado. El cuidado difiere del amor. Clase social. ¿Identidad? Desigualdad. Racismo, lesbofobia, transfobia: ¿existe espacio para las mujeres trans en nuestro feminismo? Antifeminista, feminista pero femenina, igualdad y no superioridad de las mujeres, *mansplaining*, micromachismos, cultura de la violación, *manterrupting*, *gaslighting*, cosificación, patriarcado, femicidio, misoginia, interseccionalidad, *bropropriating*, *revenge porn*, empoderamiento, sororidad. El lugar del hombre, el lugar de la mujer, juego de niños, juego de niñas, no llores, cruza bien las piernas, ¡qué ropa masculina! Demasiado gorda, demasiado delgada, demasiado trasero, muy poco trasero. Violencia. En casa: padre, marido, hermano, vecino. Poder, espacio público, participación, visibilidad. Cuotas de participación, rivalidad, sororidad, *dororidade* [“doloridad”].³

¿Estás ahí?

¹ Marcia Tiburi acuñó esta expresión en *Feminismo em comum*.

² Vinicius de Moraes en *Poema enjoadozinho*.

³ Concepto creado por Vilma Piedade.



Presentación

Internet grita. Dice que las feministas odian a los hombres. ¿Es verdad? El feminismo es un viaje de amor. El primero, a veces doloroso para nosotras las mujeres, implica el amor propio. El segundo, el amor por la idea de que podemos ser libres para vivir el poder de nuestras posibilidades. El tercero, el amor por la humanidad en toda su diversidad. “Cómo te quieres a ti es la manera en la que enseñas a otros a quererte”, escribió la poetisa Rupi Kaur. Y lo escribo aquí. Porque el feminismo es la idea amorosa de que es posible construir un mundo en el que los hombres y las mujeres sean personas. Con igualdad social, política y económica. ¿Percibes algún tipo de odio en eso?

El otro día, en una conversación sobre la incoherencia entre discurso y práctica, una amiga recordó una cita bíblica, tal vez una de las más conocidas de Jesucristo: “Ama a tu prójimo como a ti mismo” (*Mateo 22:39*). Entonces, nos detuvimos a pensar cuán revolucionaria es esa frase para las mujeres. Las mujeres aman a los otros más de lo que se aman a ellas mismas. Y ese amor al prójimo, en nuestra cultura, es visto como el amor negado a uno: amo a mis hijos más que a mí, amo a mi pareja más que a mí. Eso no es casual, no es una elección. Es una imposición. Así como lo es asimilar una cultura que nos responsabiliza por la doble jornada laboral, las obligaciones básicas, como la limpieza del hogar y el cuidado de los niños, como si los hombres

fueran incapaces de lavar los platos o de ir a buscar a sus hijos e hijas a la escuela. Al mismo tiempo, nos enseñan directa e indirectamente a odiar nuestros cuerpos, a no creer en nuestras capacidades físicas e intelectuales. Y a responsabilizarnos por la violencia que sufrimos: “me violaron porque uso ropa ajustada”, “fui acosada porque estoy soltera y salí con un compañero de trabajo”, “mi hijo fue ejecutado por no haber podido dedicarme a él como hubiera debido”. ¿Te parece justa toda esa carga mental, social y física?

A nosotras, las mujeres feministas, no nos parece justa. Así como no nos parece normal aceptar el control de nuestros cuerpos y vidas como si eso fuera sinónimo de cuidado o cariño; celos y violencia como sinónimos de prueba de amor; casamiento como equivalente de estatus social (después de todo, somos un todo, no tenemos mitades dispersas por ahí).

Queremos la libertad de la igualdad ¡Juntas!

Porque las mujeres no son rivales, aunque los cuentos de hadas hayan dicho eso entre líneas durante siglos. En la vida real, “las mujeres son como las aguas: crecen cuando se encuentran”. En la práctica, esa frase escrita en pancartas exhibidas en las manifestaciones de todo el país significa que es necesario acoger, conciliar, tomarse de las manos. Entonces, quien todavía no se reconoce como una mujer feminista o ignora a las personas que están hablando sobre el tema necesita saber lo siguiente: en el feminismo, tienes un espacio donde construir tu camino. No tienes que estar de acuerdo con todos los puntos que mencionó la mujer que habló sobre feminismo en la televisión, puedes ser madre, ama de casa, científica, creyente o atea. “El feminismo no es un libro de reglas, sino un debate, una conversación, un proceso”, dice Tavi Gevinson, creadora del sitio *Rookie Mag*, una de las páginas web más influyentes en las discusiones sobre feminismo en la modernidad. Por lo tanto, cuando decimos que los hombres no comparten las responsabilidades, no estamos hablando sobre mi ma-

rido o el tuyo. Estamos hablando de la mayoría. Cuando cuestionamos la obligatoriedad de la maternidad, no estamos hablando sobre tu elección de ser madre, sino sobre un ideal en la sociedad que dice que las mujeres sólo son felices cuando son madres. Cuando decimos que las mujeres son machistas, no estamos hablando de ti, sino de todas nosotras, ya que estamos en un proceso constante de deconstrucción de verdades que antes eran absolutas.

Y es por eso que escribí este libro. Un libro sobre amor. No acerca del amor romántico, sino sobre el amor como poder, como fuerza de lucha. Después de todo, generaciones de mujeres lucharon para que hoy podamos usar pantalones, votar, divorciarnos. Y, si eres una mujer blanca, también pelearon para que pudieras trabajar fuera de casa, porque esa lucha por el trabajo es una lucha de la mujer blanca. Las mujeres negras lucharon por su libertad frente a la esclavitud y siguen luchando para que el Estado las contemple.

Con este libro, quiero invitarte a pensar si siempre te gustaste, si viviste relaciones abusivas y si logras verte como aliada de otras mujeres: si logras ver a otras mujeres, sus lugares, sus historias, sus luchas. Quiero que mires a tu alrededor y te des cuenta de los privilegios que tienes, de modo que tengamos más fuerza para las luchas que enfrentaremos. Quiero que al escuchar a una mujer que piensa “No necesito al feminismo, odio a las feministas, yo no soy feminista”, afectuosa y generosamente, puedas preguntarle y escuchar los motivos, darle información e invitarla a reflexionar.

Y, sobre todo, quiero que podamos conversar sin miedo. Sin miedo unas de las otras. Sin miedo de decir que no sabemos. Sin miedo de decir que no entendemos. Sin miedo de

decir que pensábamos así. Sin miedo de decir que actuamos de un modo y que nos esforzaremos mucho en actuar de otro.

¿Comenzamos?

Espero que sí.





“Las mujeres
son como
las aguas:
crecen
cuando se
encuentran”

Frase leída en pancartas
en las manifestaciones que
se hicieron en todo el país.

En primer lugar, unas palabras sobre libertad, piscinas, coraje y voz

Un libro sobre el feminismo es también un libro sobre la libertad. Sobre la libertad de las mujeres. Libres en todas las dimensiones. Y todavía (¿hasta cuándo?) son tantas las barreras que nos encarcelan.

Una de las más evidentes es la búsqueda de la libertad económica. Encontrar un trabajo digno que remunere de igual manera a mujeres y hombres en la misma función. Donde nadie enferme de miedo por el acoso de su jefe. Y para el que una mujer pueda trasladarse sin enfrentar acoso en el transporte público, porque es así, el transporte público en Brasil todavía es malo para todos los trabajadores y es incluso peor si eres mujer, ya que cabe la posibilidad de que entres en aquella lata de sardinas móvil y salgas con la ropa manchada con el semen de un hombre desconocido.

Según los datos del PNUD, si bien el país se encuentra entre las diez mayores economías del mundo, Brasil pasó a ocupar, en 2018, la novena peor posición en la clasifica-

ción de desigualdad de ingresos según la medición del coeficiente de Gini en 189 países. Para pensar medidas que permitan enfrentar la desigualdad económica brasileña, es necesario partir del supuesto de que las cuestiones regionales, de género y de raza son estructurales, y que tal desigualdad aumenta ante la crisis económica que enfrenta el país. El informe de Oxfam Brasil, que se basa en datos de la Encuesta Nacional por Muestreo de Viviendas (PNAD) de 2016 y 2017, del Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (IBGE) de 2016, muestra que las mujeres ganaban en promedio 72% de lo que ganaban los hombres en Brasil, proporción que cayó a 70% en 2017, el primer revés en veintitrés años. El informe también da a conocer que un trabajador negro recibía en promedio 57% de lo que ganaba un trabajador blanco, y ahora esa cifra es de apenas 53%. En la base de esa pirámide, están las mujeres negras. La PNAD también muestra que más de 40 % de las familias brasileñas están encabezadas por mujeres y, de esos hogares, 26.8% están compuestos por madres solteras.

Y esa búsqueda de libertad asociada a la dimensión económica, es decir, la supervivencia material, se entrelaza con otro sesgo cuando eres mujer y madre en un país machista como Brasil. Ah, ¿ahora quieres vincular feminismo con maternidad? Sí, eso quiero. De hecho, es lo que más quiero en esta vida militante. Seis millones de niños ni siquiera tienen registrado el nombre del padre en el certificado de nacimiento. En Brasil, casi treinta millones de hogares están encabezados por mujeres. Todo bien, más que bien. ¿Todo bien? ¿Cómo una mujer puede tener libertad para trabajar si debe criar sola a un niño o una niña que no se concibió solo? La sociedad les exige muy poco, o casi nada, a aquellos hombres que por sólo pagar la cuota alimentaria son considerados héroes. Observo

esto todos los días por la ausencia de reclamos en relación con los hijos pequeños de los hombres públicos. O acaso ya viste a alguien preguntarles en una entrevista “¿Con quién están sus hijos mientras usted está aquí, a las diez de la noche de un lunes, conversando sobre el rumbo del país?”

En Brasil, según UNICEF (Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia), solamente 32.7% de los niños de hasta tres años asistieron a la guardería en 2017. ¡Sorpresa! ¿Quién se queda entonces con esos niños? Por ello, cada vez que elogies (o alguien conocido elogie) los programas sociales o las políticas públicas para niños, pero digas que no entiendes aquellos destinados a adultos, recuerda que los niños no crecen solos y que, en sociedades machistas como la nuestra, crecen colgados de las faldas de sus madres, es decir, es imposible vencer la pobreza infantil sin superar la de sus familias, mejor dicho, sin vencer la de sus madres.

Es importante recordar que el feminismo también se trata de la libertad de existir en este mundo y ser felices sin ser madres. De evitar que nos vendan una idea de realización, plenitud y victoria asociada a la maternidad y al casamiento. Como si una mujer sólo “fuese útil” para el mundo al convertirse en madre. Tú que no eres madre por elección, sabes de lo que estoy hablando. Tú que no tenías ganas, que te pareció difícil (y lo es), que no encontraste un compañero que soportara una caminata de toda la vida (juntos o separados, porque ser padre o madre no es un estado civil), que no tenías ganas, no lo sé. Tú. Y todo el tiempo lo mismo: “¿No vas a tener hijos? El tiempo va a pasar y te vas a arrepentir. Siempre dijiste que tendrías”. ¡Sí! El tiempo va a pasar siempre y te arrepentirás todo el tiempo de muchas decisiones tomadas o no tomadas. Yo,

por ejemplo, me arrepiento, a veces, de no haber estudiado Derecho. El efecto mariposa, ¿no? ¿Hubiese sucedido todo lo que ocurrió después? ¡No lo sé! Surge el arrepentimiento y luego pasa. Y si hubiese hecho todo lo que soñé hacer hasta los diez años, sería veterinaria y estaría escribiendo otro libro. O leyendo.

Otra barrera es vivir en paz con el cuerpo. No ser prisionera de estándares únicos de belleza que se estructuran de manera racista (siempre blancos) y son absolutamente gordofóbicos y heteronormativos. Porque sólo existe la belleza blanca, delgada y hetero, ¿no? Tienes que ser delicada y sonreír sin reír. Debes tener senos, pero no en exceso. Tener trasero, pero no mucho. Cintura fina, cabello largo, usar zapatos altos y mucho más, ni siquiera lo voy a enumerar. No intentaré repetir aquí ideas de lo que se necesita porque no se necesita nada. Los cuerpos son únicos y perfectos porque nos acogen en nuestra diversidad. ¡Suficiente! Veán a los hombres en la playa durante el fin de semana. Veán a los hombres con micrófono. Veán a los hombres absolutamente seguros de que merecen ser amados como son. Mientras tanto, ¿cuántas de nosotras no nos zambullimos más en el mar porque pensamos que no tenemos un “cuerpo de verano”? ¿Cuántas de nosotras dejamos de hablar en público porque no nos sentimos seguras, y cuánta de esa inseguridad está relacionada con no ser felices físicamente? ¿Cuántas de nosotras vivimos relaciones abusivas por imaginar que ningún otro hombre amaría a una mujer marcada por estrías?

Nuestra libertad es también la libertad de vivir nuestra sexualidad, de relacionarnos, de existir sexualmente sin que eso nos vuelva vulnerables. Piensa conmigo: desde la primera infancia (esto significa desde que son bebés), los

hombres son criados entre bromas tontas de adultos para ser “seductores” y “conquistar a todas”, y las mujeres son criadas para ser puras y castas. Ésta es una ecuación que no funciona. El mismo padre y la misma madre desean criar a un par de hijos así: una hija que no tenga sexo con nadie y un hijo que tenga sexo con todas las mujeres que conozca. Pero imaginemos que esas hijas aprenden, aunque sea eventualmente fuera de casa, a decir “no” y que son sexualmente libres. ¿Cómo conviven con hombres que viven la masculinidad y ejercen la sexualidad de la misma manera que sus padres? Te escuché pensar: ¿Violencia? Sí, lo es.

¿Pero soñamos ser libres como son libres los hombres? Me atrevo a decir que nuestra lucha es por la reinención de la idea de libertad. También quiero hablarte sobre eso. Porque nuestro ideal de libertad no puede oprimir a nadie, ¿verdad? No queremos llegar a los espacios a los que ellos llegaron del mismo modo, ya que conocemos ese camino, está marcado por privilegios y opresiones. Por lo tanto, no queremos simplemente destruir el llamado “techo de cristal”, expresión que designa a un obstáculo invisible en el ascenso laboral de las mujeres. Debemos modificar los espacios. Porque no puede existir un mundo en el que algunas mujeres sean libres y otras no. O un mundo en el que todas las mujeres sean libres y los hombres se perciban y actúen como sus dueños, cosificándolas (¿comprendes la expresión? Somos dueños de un objeto, lo cosificamos). Ésta tal vez sea una de las reflexiones más importantes que necesitamos hacer.

Que nuestra libertad, para ser realmente libres, para no oprimir, debe consistir en la búsqueda de la libertad para la humanidad, la búsqueda de su emancipación. Si no es

libertad para el 99%,¹ podemos incluso llegar al lugar que alcanzaron los hombres, donde individualmente queríamos llegar. No seremos verdaderamente libres. Porque la humanidad no lo será. O sea, nuestro feminismo debe ser popular. Debe ser útil, real y estar al servicio de una mujer que tal vez esté leyendo este libro para un trabajo de la facultad y, también, lo repito, para la mujer que logra poner comida en la mesa de sus hijos. Si no es así, no será. Después de todo, sólo hablamos de cuerpos libres, cabellos y pelos. Si eso no es suficiente para enfrentar el racismo y la gordofobia disfrazados de pedidos de “buena presencia” en los anuncios de empleo, no servirá. Es necesario defender tu derecho a elegir no ser madre porque no estás lista o no quieres serlo. Tu derecho no es real si no se extiende a aquella mujer que no puede criar a otro hijo en un entorno sin alimento, sin escuela ni saneamiento básico, y que tomará un medicamento y sangrará hasta morir, sin atención médica.

El feminismo tiene que darles voz a las actrices que se unieron contra el acoso y descubrir cómo darles voz a todas las empleadas domésticas que fueron violadas en un cuartito sin baño ni ventana en la parte de atrás del dúplex en Leblon. Y que callaron. ¿Por qué? ¿Eh? Hasta hace muy poco, ni siquiera tenían derechos laborales, muchas vivían casi como esclavas. ¿Por qué alguien las escucharía? ¿No es verdad? ¿Tú las escuchaste?

Después de todo, el machismo es como una piscina. Todas las personas se están mojando. Algunas, sólo las plantas de los pies, otras, casi ahogándose.

¹ Cinzia Arruzza, Tithi Bhattacharya y Nancy Fraser escribieron *Manifiesto de un feminismo para el 99 %*.

Con libertad, voz y coraje.
Sólo así es posible salir.
Todas al mismo tiempo.
Vamos.





Un libro
sobre el
feminismo
es también
un libro
sobre la
libertad.

No somos todas iguales. Tenemos causas que nos unen

Soy periodista, tengo una maestría en Políticas Públicas, nací en 1981. Fui militante del movimiento estudiantil, concejal, diputada federal y estatal, precandidata a la presidencia y candidata a vicepresidenta en la boleta que llegó a la segunda vuelta en las elecciones presidenciales contra Jair Bolsonaro. Soy madre de Laura y madrastra de Gui, estoy casada con Duca, soy hija de una familia marcada por la fuerte presencia de mujeres. Soy una mujer brasileña blanca, hija de la llamada clase media (o pequeña burguesía), con una vida marcada por privilegios.

Frente a los ojos de algunas personas, perforé el llamado “techo de cristal” por haber ocupado tantos lugares en los que las mujeres aún están subrepresentadas. A los ojos de quien niega la existencia de una sociedad machista, no hice nada: llegué a donde cualquiera puede llegar. Ante mis propios ojos, escribí mi historia luchando en “condiciones objetivas extremadamente favorables que me fueron dadas”, parafraseando a Karl Marx en *El 18 de brumario de Luis Bonaparte*.

Soy una **feminista marxista**, que cree en la **interseccio-**

alidad, es decir, en que la brecha no sólo existe en las diferencias entre hombres y mujeres, sino en la combinación de ellas con factores como clase, raza e identidad u orientación sexual. Defiendo el llamado **feminismo emancipador**, que sostiene que no basta con liberarnos individualmente o sólo a nosotras las mujeres, sino que es necesario establecer las condiciones para la libertad de toda la comunidad. Quiero que sepas quién soy, como feminista, porque nosotras las feministas no encajamos en un único concepto teórico, existen muchos caminos y, por ello, lo correcto es decir que existen vertientes feministas o **feminismos** y no feminismo.

Nosotras las feministas compartimos el creer, querer y luchar para que mujeres y hombres tengan los mismos derechos. Y compartimos algunos sueños. No todos.

Existe el feminismo marxista, el feminismo liberal, el feminismo negro, el feminismo interseccional, el feminismo radical, el feminismo lésbico, el transfeminismo, el anarcofeminismo, el emancipacionismo. Es realmente un sopa de letras y entiendo que no sea fácil entender todas las corrientes. Las estoy enumerando aquí para que sepas que, a veces, si no estás de acuerdo con alguna de nosotras, ¡quizá sea simplemente porque piensas diferente! Y está todo bien. Podemos pensar de manera distinta en algunos puntos e incluso en muchos. Sólo no podemos reproducir entre nosotras ese contexto de caza de brujas que existe por ahí.

Por ejemplo, no comparto la visión de las llamadas *rad-fem* (feminista radicales) sobre las mujeres trans. A mi entender, si bien fueron socializadas como hombres (después de todo, nacieron hombres), no son naturalmente “opresoras”. Al fin y al cabo, como dijo Simone de Beauvoir en 1949, “no se nace mujer, se llega a serlo”. En relación con la opresión social y cultural, al excluir a las personas trans, ¿no

estarían estas feministas abalando una especie de destino biológico para las mujeres? A mi entender, sí. Ésa es una diferencia entre nosotras. La considero importante, porque entre las violencias que sufren las mujeres brasileñas, no dar visibilidad a la violencia que sufren las mujeres trans me parece bastante grave, ya que de acuerdo con el estudio que realizó la Asociación Nacional de Travestis y Transexuales (Antra) en conjunto con el Instituto Brasileño Trans de Educación (IBTE), 163 personas trans fueron asesinadas en el país en 2018. De acuerdo con el informe, 97% son travestis y mujeres trans, 82% son negras o mulatas. En todo el mundo, ningún país mata tantas personas trans como Brasil, de acuerdo con la ONG Transgender Europe.

Es decir, no estamos de acuerdo. La vida sigue. Tenemos cómo debatir en el campo de las ideas. Sin violencia, sin agresión, sin persecución. Porque las opiniones pueden y deben ser diferentes, lo que importa es descubrir cuál es el camino que nos permite respetar nuestras diferencias para que jamás volvamos a silenciarlas y que estemos convencidas de que cuanto más cerca caminemos, más fuerte resonará el ruido de nuestros pasos.

Exactamente ahora soy una mujer que escribe sobre nuestras luchas para que las mujeres vivan con dignidad y libertad en este mundo aún tan desigual. A partir de temas que fueron apareciendo a lo largo de mi vida y militancia, que viví en la piel y vi que vivieron otras mujeres. Tal vez para algunas de ustedes ni siquiera sean los más importantes. Estoy haciendo esto porque creo que es necesario ampliar y amplificar el debate, el alcance de la información. Porque es urgente acoger a quienes aún no saben lo que nosotras hemos aprendido. Cada una de nosotras desde su lugar, para ver, entender y aceptar el lugar de la otra. Siempre.

Cuanto
más cerca
caminemos,
más fuerte
resonará
el ruido de
nuestros
pasos.



Mis encuentros con los feminismos

Yo no era feminista. No nací feminista. Y ya era yo, casi la misma que conoces. Tal vez estaba muy cerca de ser la persona que te hizo sentir curiosidad por comprar este libro y, sin embargo, no me asumía feminista. Palabra de honor.

Soy la cuarta hija de cinco hermanos. Mi madre se divorció en 1977, año en que se aprobó la Ley de Divorcio y, a pesar de ser una mujer blanca de clase media, se encontró desempleada, sin trabajo y sin saber tener un trabajo, ya que había abandonado la Facultad de Derecho para casarse con el padre de mis tres hermanas mayores. Mi madre fue una de esas mujeres excluidas de las fiestas de cumpleaños y los círculos familiares, esas mujeres que ves en la televisión casi sin querer. Ella no estaba al tanto de nada, eran los años setenta y ella no había luchado contra la dictadura ni quemado sostenes en 1968, pero la vida real la había llevado hasta aquel lugar. Comenzó a dar clases de guitarra, inglés, piano (las cosas que una señorita criada para casarse sabía hacer) y a intentar ser readmitida en la facultad. Luego llegó el encuentro con mi padre

en una conferencia en el Prestes, ir a la facultad con tres hijas, quedar embarazada de la cuarta hija (¡yo!), tomarse un momento para prepararle el café y comprarle medias a la esposa del jefe (que hoy es ministra en un tribunal superior). Llegó mi hermano, el concurso para jueza temporaria, jueza, el preconcepto, la carrera, la separación. Yo soy hija de esa mujer. Y del hombre que se volvió su compañero y crió a sus tres hijas como si fueran de él. De un profesor militante de izquierda que siempre intentó hacer del mundo un lugar mejor, nunca defendiendo tesis, siendo el cambio que cree en el mundo.

Entonces, siendo una mujer blanca de clase media e hija de mi familia, siempre pensé que el mundo era de las mujeres. ¿Cómo sería diferente?

Sería diferente cuando me volviese militante. De hecho, eso es lo que soy desde muy joven. Me convertí en militante contra la desigualdad social. Ése es el origen de mi militancia política. Pensaba que la desigualdad se concentraba en la cuestión económica, en la distribución de la riqueza. Y, al poco tiempo, me volví militante marxista. Entonces, en 1999, a los diecisiete años, ya estaba en las calles, las plazas y las universidades con la Unión de la Juventud Socialista para luchar contra la miseria. Ya era una de las pocas mujeres, poco tiempo después, en ocupar espacios de dirección política en la propia UJS y la Unión Nacional de los Estudiantes, pero todavía era parte del grupo de mujeres que desconocía, que ignoraba la importancia del feminismo.

Consideraba que, pudiendo discutir sobre economía, debatir “temas de mujeres” era una manera de disminuir mi militancia. Así, reproducía preconcepciones horribles. Voy a contarles algunos para que se sientan acogidas o les

den la bienvenida a las personas que están siendo excluidas de nuestro “grupito”, porque no son consideradas “lo suficientemente buenas”, ya que no poseen el sello “100% feminista de raíz” (yo carezco de ese sello y tampoco sé quién lo otorga).

Comencemos. Adoraba decir y pensar que sólo tenía amigos hombres y que era aceptada en ese círculo sagrado de sus relaciones. Significaba que era una par, que no tenía ese comportamiento marcado por las “debilidades” femeninas. Siento vergüenza incluso de pensar una frase así, imagina escribirla. Pero pensaba así. Estoy abriendo mi corazón, ¿saben? También reproducía (con otras mujeres, digamos, de pasada) muchas ideas absolutamente tontas y machistas (creo que tontería y machismo son sinónimos, ¿no?) sobre las mujeres feministas. Por ejemplo, decía que eran unas aburridas, frustradas, etc. Por supuesto que existen feministas aburridas, como existen personas aburridas en todas partes. No estoy hablando sobre eso, sino sobre estas ideas de sentido común que hoy circulan con facilidad en internet. Obviamente, no las reproducía con desprecio ni de manera ferviente. Pero no hace ninguna diferencia, ¿verdad?

Hasta que fui electa concejala con veintitrés años y entré en contacto con la realidad. La realidad de las mujeres de mi ciudad fuera del movimiento estudiantil (era el año 2004, la universidad todavía no tenía cupos laborales ni el programa Prouni) y de mi propia realidad de mujer en la política. Me encontré allí, sola, hostigada hasta por otras mujeres (¡cómo yo misma hacía!). Poco tiempo después, a los veinticinco años, fui electa la diputada más votada de Río Grande del Sur y me tocó formar parte de una Cámara Federal absolutamente machista. Ya estamos en 2006.

Aún no estaba en las calles, todavía no estábamos frente al movimiento estruendoso de mujeres en las calles. Me trataban así.

Al leer lo que los periodistas, las revistas y los periódicos publicaban en esa época, es posible entender a qué me refiero con cosificación, de ausencia de representación, de subrepresentación. No por nada, cuatro años después, cuando fui electa la diputada más votada de Brasil, me hice tan amiga de Jean Wyllys. Él tenía un marcador de opresión tan fuerte como el mío dentro del Congreso Nacional.

Por lo tanto, mi propia realidad al llegar al Congreso y la conciencia de la realidad de otras mujeres y de sus vidas tan distintas a la mía fueron fundamentales para mi primer y profundo despertar feminista. Y aún era muy solitario.

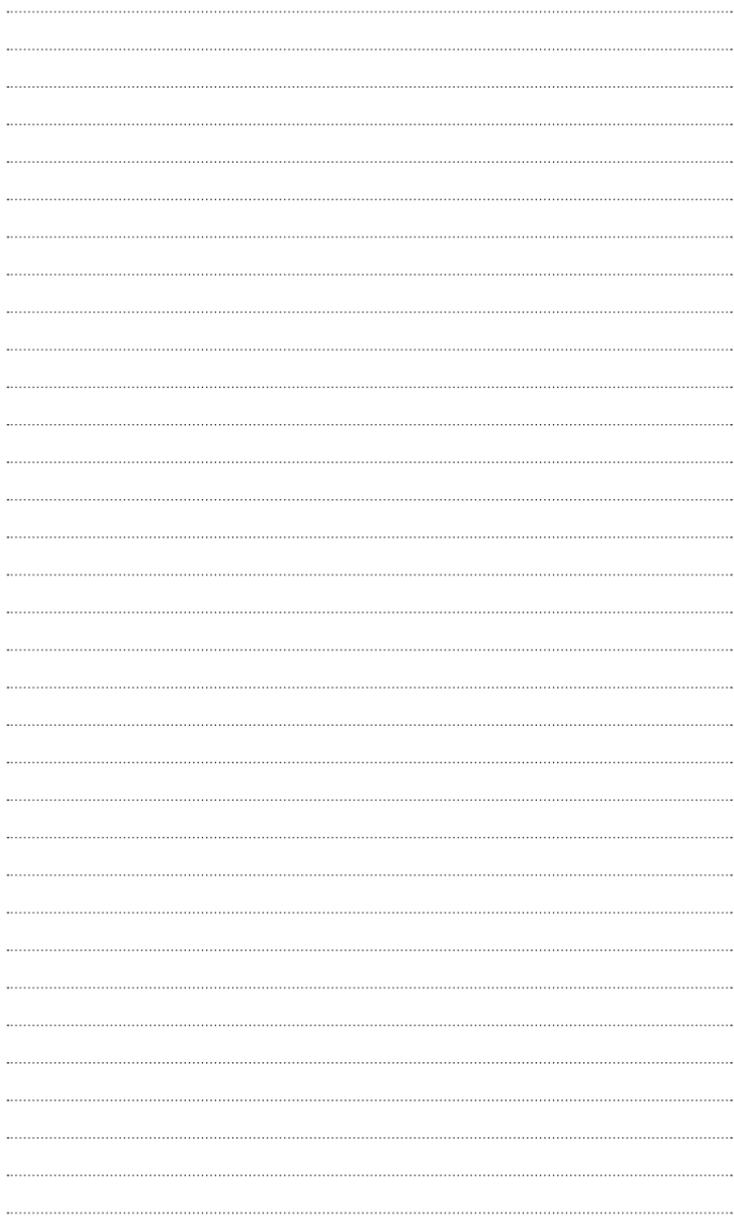
El segundo despertar fue la maternidad. De hecho, vivir la maternidad en 2015 fue esencial para mi historia. Porque en este poderoso movimiento de mujeres de nuestra época hay un encuentro intergeneracional que nos libera: las de 15, 20, 30, 40, 60. Todas al mismo tiempo. Con las cuestiones que son relevantes para cada una. Con las huellas y los caminos que marcaron nuestras antepasadas, porque, por supuesto, el feminismo surgió hace mucho tiempo, no comenzó con estas muchachas tan jóvenes a fines del decenio pasado. Pero ellas, esas muchachas, esas jóvenes, gritaron por todas nosotras. Y gritamos juntas. Y yo viví y vivo mi maternidad en este momento en que todo eso vibra en la sociedad. Tengo una hija, una niña, será una mujer. Ella me enseñó el significado de la maternidad y del trabajo reproductivo, me reunió con el ideal de mujer de esta sociedad, con los límites del propio feminismo y de la izquierda en la

que me acogí como mujer que se volvió madre, pero que vive en una época en la que muchas mujeres también gritan por su libertad. Caminamos juntas. ¿Escuchas nuestros pasos?



Caminamos
juntas.
¿Escuchas
nuestros
pasos?





Ahora necesito hablarte sobre las nociones de conciencia y privilegio

Quiero invitarte a trabajar la noción de conciencia de manera amplia, teniendo en cuenta que no siempre supiste aquello que sabes hoy ni siempre fuiste como eres ahora. Tomemos este “saber lo que sabía” como un darse cuenta. Si no siempre lo supiste, no siempre actuaste como lo haces. Si no siempre lo supiste, es posible que otras tampoco lo sepan. Ya que estoy escribiendo este libro también para aquellas que no se reconocen feministas y, tal vez en algún momento, se avergüencen de uno u otro discurso en el bar, de una o varias publicaciones en las redes sociales. Es decir: está todo bien, ¿ves? Sucedió, sucede, puede acontecer en cualquier momento. Y con todo el mundo.

Y si ya te reconoces como militante, ya intentas comprender este conjunto de conceptos, términos que van surgiendo por ahí, quiero que sepas, lo sé: cuando hablamos de nuestras luchas, hablamos necesariamente de derechos negados, no conquistados. Hablamos también de la violencia a la que

estamos sometidas. Por lo tanto, ten en cuenta que es legítimo que no tengamos paciencia e incluso tolerancia con quien no comprende que tenemos prisa por transformar una realidad que hace que nuestra existencia sea inviable. Después de todo, si perjudica nuestra existencia, somos resistencia, ¿verdad? Pero, ¿cómo podemos resistir sin construir espacios que expandan la conciencia de otras personas?

Por eso me esfuerzo por afirmar lo que creo: si el machismo es cultura, la persona no puede ser responsabilizada **sólo individualmente** (dije sólo, dije sólo, no dije no responsabilizar, ¿está bien?). Nuestro papel como militantes es enfrentar la conciencia social y no meramente hostigar o ridiculizar a quien no está con nosotras. Porque así como es necesario ponerse en el lugar de la otra persona para entender que el hambre no es la sensación de vacío antes de la hora del almuerzo, es urgente sentir empatía y acoger a las personas en su ignorancia, en el sentido literal de ignorar. ¿Escucharías a alguien que piensa que eres ridícula y se ríe de ti en tu cara? ¿Te atreverías a cambiar una opinión o te acercarías al grupo que piensa, en teoría, como tú piensas?

Te voy a dar un ejemplo que es de los más valiosos para mí. Juguetes de niños y de niñas. Pienso que ésta tal vez sea una de las mayores expresiones del machismo estructural de la sociedad. Todo, todo, todo pasa por allí. No sabes cuánto me molesta la idea de que un niño no pueda ni siquiera sostener una muñeca, porque esa muñeca será el bebé que ese joven tendría que aprender a sostener después. Al mismo tiempo, no puedo mirar a mi abuelo de noventa y cuatro años y tratarlo de idiota por el simple hecho de que piensa que las muñecas son juguetes de niñas. Lleva por lo menos noventa años escuchando eso. Pero puedo explicarlo, ¿verdad?

“Bloquear” no puede transformarse en nuestro estándar de comportamiento en la vida real. Eso sólo sirve para quien no desea cambiar la sociedad. Si no cambiamos el modo de pensar de nadie más, el mundo continuará como está hoy. Y yo quiero vivir en un mundo que no mata mujeres por el simple hecho de ser mujeres. Y tú tampoco.

Entonces, si tú, al igual que yo, no sabías que eras feminista, si tú, al igual que yo, creías que tenías temas más importantes que discutir que el feminismo, si tú no siempre supiste aquello que sabes hoy: estamos juntas en este barco. Sí, ahora vamos a hablar sobre el concepto de privilegio.

El privilegio es una condición de ventaja atribuida a una persona o un grupo en comparación con los demás. El privilegio garantiza reservas e inmunidades que distinguen al individuo de los demás, otorgándole derechos especiales más allá de los comunes a todos.

Cada vez que digo o uso la palabra privilegio noto que alguien se incomoda. Vinculamos el privilegio a aquellos lujos innecesarios que poseen algunas personas, sobre todo quienes ocupan los espacios de poder: langostas en cenas que se pagan con dinero público en tiempos de crisis económica, planteles de cincuenta funcionarios para viajar y otros abusos. No uso ni usamos el término “privilegios” en ese sentido, sino para dejar claro que, en un país desigual como Brasil, algunas situaciones que deberían ser fundamentales son tan especiales como cenar langosta. Puedes ver que me identifico como privilegiada. Yo tuve casa, fui a la escuela (no tuve auto durante mi vida en familia), tuve alimento y acceso a la salud. Eso en Brasil es ser muy privilegiado.

Quiero proponer un ejercicio simple para que determines si eres privilegiada o no, ¿puede ser? Vamos.

Responde mentalmente sí o no. Por cada respuesta positiva, ten en cuenta que ese derecho fundamental todavía es un privilegio en Brasil.

- ¿Estudiaste o estudias sin necesidad de trabajar?
- ¿Necesitabas o necesitas preocuparte por lo que comerías antes, durante o después de la escuela?
- ¿Tienes o tenías acceso a actividades culturales, como el teatro o el cine?
- ¿Tenías acceso a transporte público o privado para ir a la escuela?
- ¿Tenías materiales escolares y uniforme, o ropa para ir a clases?

Este ejercicio puede realizarse a partir de otros temas relacionados directamente con la cuestión racial, por ejemplo.

¿Las personas se cruzan la calle cuando te ven por miedo a que las asalten?

Cuando eras pequeña, ¿tu madre tenía miedo de perderte en el supermercado porque terminarías en la calle o sólo porque se alejaría de ti?

¿Las mujeres de tu familia lucharon por trabajar en la calle o siempre trabajaron ya sea como esclavas o como empleadas domésticas en las casas de otras mujeres?

Entonces, cuando decimos que alguien, como yo, tiene privilegios, no se trata de una ofensa, sino del reconocimiento de un conjunto de situaciones que vive esa persona pero que no vive la mayoría de las personas en nuestro país. Es importante que realices este ejercicio a diario para que no tomes tus privilegios como punto de partida para la mayor parte de las mujeres. O, como se dice ahora, para que “pienses fuera de la burbuja”.

Otro ejemplo: amamanté a Laura de manera exclusiva durante seis meses. ¿Cuántas mujeres tienen la estabilidad profesional que yo tenía para que eso fuese posible? ¿Cuántas tienen una pareja que lleve al niño para que lo amamenten? Casi ninguna.

Sé que no es genial escuchar que eres una privilegiada. Primero, porque suena a que eres acomodada, la propietaria de una red social. Segundo, porque parece que no tienes ningún mérito. Nada que ver. La cuestión central es muy simple: si sólo hablamos de tu mérito, parece que todas las demás mujeres que no llegan al mismo lugar que tú fracasan. Y no es así. Al menos dentro de la visión que

tengo del mundo, ya que no salieron del mismo punto de partida.

Como diría el buen y viejo Marx: “Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y le han sido legadas por el pasado”. De acuerdo, Marx, los hombres y las mujeres. Las condiciones objetivas son los llamados privilegios. Tú eliges cómo construir tu historia.



Si no
cambiamos
el modo de
pensar de
nadie más,
el mundo
continuará
como está
hoy.

Nadie aquí se odia

La idea de que las mujeres odian a las mujeres se construye fuertemente de manera cultural y social durante todos los días de nuestras vidas. El concepto de sororidad es realmente la mayor y más verdadera respuesta que podemos dar ante esta situación. Cuando hace algún tiempo leí la frase “El feminismo es lo opuesto a la soledad”, de mi amiga Marcia Tiburi (Marcia, ¿acaso las frases se desgastan cuando las usamos muchas veces? Pienso que no, ¿verdad? ¡Nadie te mandó a escribir lo que es, para mí, la mejor definición de feminismo en la historia de la humanidad, mujer!), comprendí este concepto de una vez por todas. Va mucho más allá de la idea de empatía, de ponernos en el lugar de la otra, y guarda mayor relación con el concepto de “doloridad” de Vilma Piedade. La idea de que somos hermanas y tenemos sororidad entre nosotras, porque sentimos el dolor de las demás en nuestra piel. Y por ello no es solitario. Sabes, hago política hace más de veinte años. Nunca vi a las mujeres tan alerta, vigilantes y cuidadosas como ahora.

Compartiré con ustedes la experiencia que tuve al participar en el programa *Roda Viva*, el 25 de junio de 2018. Durante trece años de mandatos y siete contiendas electorales, participé de casi todos los programas de televisión del país. En

la inmensa mayoría (salvo algunas honorables excepciones), siempre me trataron de manera absolutamente machista. Me interrumpían (*manterrupting*), me explicaban las posturas de mi propio partido (*mansplaining*), me exigían mucho más que a cualquier diputado de veintipico de años (*double standard*). Denunciar esto siempre fue una tarea muy solitaria.

Cuando salí de *Roda Viva* aquella noche, noté que de este lado todo continuaba igual: me habían interrumpido más de sesenta veces, el entrevistado hombre más interrumpido no llegó a las diez veces. A partir de ahí, todo fue absolutamente diferente. Increíblemente diferente.

Salí de allí sintiéndome exhausta. Pero es relativamente común: los programas como estos desaprovechan la oportunidad de ser un punto de encuentro para debatir ideas y se convierten en una especie de lucha libre en la que el único objetivo de quien entrevista pasa a ser desacreditar al entrevistado. Mi sensación era similar a la que había tenido en tantos otros programas en los que había participado: “Vinieron a liquidarme porque soy alguien con una trayectoria política e ideológica muy positiva, ya que tengo catorce años en el cargo y un considerable conocimiento político de Brasil, estábamos empatados”. Sabía que sólo me cabían dos personajes: el de la mujer que permanece calma y serena frente a las agresiones, o el de aquella que reacciona a las decenas de interrupciones. Debido a mi edad (poca aún para la disputa presidencial) esa segunda mujer siempre sería vista como maleducada, histérica. Reuní mucha fuerza para no caer en las provocaciones y dejar que se desenmascararan solos: el coordinador de la campaña adversaria, el presentador que había militado en un partido opositor. Lo logré. Pero salí de allí sabiendo que jamás me compararían con adversarios que siempre son geniales, brillantes, jóvenes, articulados.

Fui a cenar a un restaurante de São Paulo y me encontré con algunos amigos y amigas. Llamé por teléfono, entré en internet. Una amiga me llamó llorando. Noté que la violencia política a la que era sometida desde hacía tantos años se había vuelto visible. ¡Por fin!

Ustedes lo habían notado, denunciado. Sintieron por mí, fueros solidarias conmigo. Aquel día, uno de los peores, fue increíblemente uno de los mejores. Pude ver la fuerza que tienen. Pude ver que muchas cosas habían cambiado.

Como diría Neruda, “Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos”. Lo nuevo, lo estupendo, no era el machismo de esos hombres y esas mujeres sentados en el panel. Era la sororidad de las mujeres. La empatía, el ponerse en mi lugar, el no reproducir, de manera mayoritaria, los comentarios machistas. Existieron. Sin embargo, por primera vez, fueron minoritarios. Obviamente estuvo esa feminista con menos experiencia en debates que yo que dijo: “Basta elevar la voz”, ignorando que el debate no se trata del tono de la voz, sino del trato diferenciado con el que entrevistan a hombres y mujeres. Ustedes, ustedes transformaron mi dolor, hasta entonces solitario, en el dolor de su silencio y lo volvieron acción y lucha política. Fue mi clase práctica de “doloridad” y sororidad. Hasta creo que estoy escribiendo un libro para agradecerles. Muchas gracias.

¿Y tú? ¿Has notado cambios en tu comportamiento o el de tus amigas en los últimos años?

¿Dejaste de reírte con alguna broma que antes tenía gracia porque te colocaste en el lugar de aquella mujer?

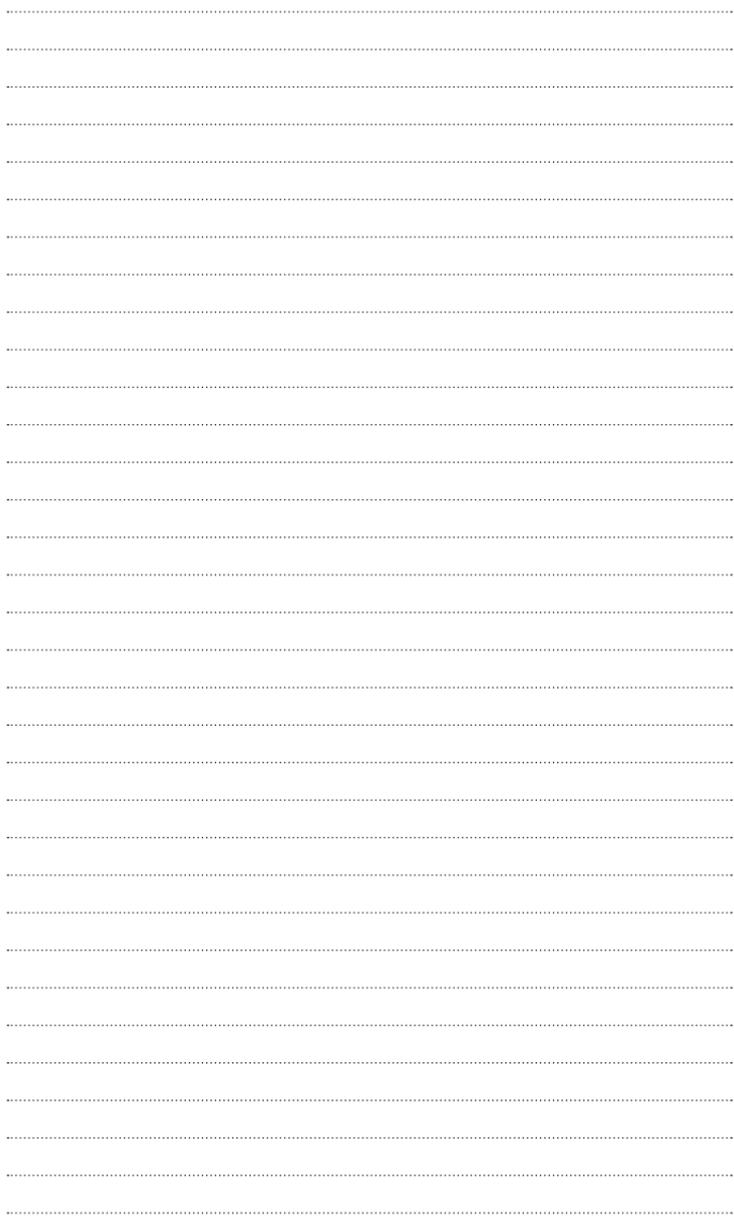
¿Te pusiste en el lugar de tu madre o abuela, y comprendiste con mayor generosidad sus relaciones amorosas o profesionales?

**“El
feminismo
es
lo opuesto
a la
soledad”**

Marcia Tiburi







No es trivial no amarse a una misma

El 19 de junio de 2017 escribí, sin pretensión alguna, este texto sobre el problema que tenía con mi apariencia en un pequeño perfil personal que conservo en una red social (Facebook). Aunque tenía casi treinta y seis años, creía que aquel problema era una tontería que sólo sentía yo.

Tengo un trastorno de la imagen (o distorsión de la imagen corporal). Estos días, mi sobrina de siete años respondió a una broma que hice con la siguiente frase: “cada vez estoy más convencida de que tienes esa enfermedad que tienen las personas que se ven gordas”, haciendo alusión a la anorexia.

No, no es así. Nunca la tuve.

Luego de que Isadora me dijese eso, decidí regresar a terapia para enfrentar un problema que escondía de mí misma, pero visible para muchos. Decidí tratar esa enfermedad contagiosa antes de que contaminase a mi hija.

Algunas personas saben que fui obesa hasta los diecisiete años. La obesidad hizo de mí esa persona que “se burla de sí misma”, para que los demás no necesiten hacerlo. La obesidad

me convirtió en la divertida, la líder de grupo, la valiente. Necesitaba mostrar que mi cuerpo no importaba. Y él, de hecho, importaba poco. Me mostraba tan segura de mí misma que las personas no prestaban mucha atención al hecho de que pesaba cien kilos.

Pero sabía lo que era no tener dónde comprar ropa tamaño 48 o 50. Claro, existen tiendas para gordos, pero yo quería la misma ropa que tenían mis compañeras.

Sabía lo que era escuchar que no era femenina, porque después de todo, las mujeres femeninas usan minifalda y “miniblusas” (se llamaban así en mi adolescencia). Las mujeres femeninas no usan camisetas largas ni pantalones negros.

Lo sabía y un día decidí adelgazar. Y adelgacé, porque soy una de las personas más determinadas que conozco. Adelgacé cuarenta kilos. Comencé el tercer año de secundaria gorda y me gradué flaquísima. No hice nada malo, sólo reduje la alimentación. Empecé a comer bien, de manera ordenada y con horarios.

Pasaron muchos años y engordé (un poco) sólo dos veces: cuando dejé de fumar (doce kilos) y cuando estaba embarazada de Laura (dieciocho).

Al contrario de lo que las personas imaginan, nunca hice grandes locuras para perder peso. Sólo todas las dietas (razonablemente) saludables. Mi problema no es ése. Incluso pierdo peso con bastante facilidad.

Mi problema es que siempre me veo gorda. No importa si estoy flaca como un palito, me veo más gorda de lo que soy.

Tengo un peso magro magro, un peso magro ideal y un peso magro límite (con el que casi me considero gorda). Ahora estoy en el peso magro límite. Racionalmente decidí comer lo que tenga ganas de comer. Amamanto a Laura, no duermo por la noche, realizo la maestría, soy diputada, hago giras por

todo el estado. Creo que es razonable no hacer grandes sacrificios en cuanto a la alimentación. Pero dije “racionalmente”.

Dejando la razón de lado, odio mi cuerpo las 24 horas del día. No bien mi cabeza deja de trabajar, comienzo a pensar en todo lo que podría hacer si estuviese más flaca.

Ayer miré esa película *Embrace*¹ (por el amor de sus hijas, ¡deben verla!). Lloré desde que comenzó. Es difícil para un hombre entender a lo que estamos sometidas. Y es todavía más difícil para una mujer feminista como yo reconocer cuán involucradas podemos estar en esa relación terrible con nuestros cuerpos promovida por la industria de la moda, del entretenimiento, de la “salud”.

Yo, que nunca pretendí agradarle a nadie, que siempre di mi opinión y cambié de opinión cuando quise, no logro agradarme a mí misma. Es como una versión moderna de *El ángel de la casa*,² de Virginia Woolf. Y como si todas tuviésemos dentro nuestro un “ángel del cuerpo”. Alguien que nos recuerda qué comería, cuántas horas de ejercicio haría, qué talle de pantalón usaría, un verdadero ángel del cuerpo.

Decidí enfrentar a mi ángel del cuerpo. Decidí *embrace* (abrazar, aceptar) mi trastorno de la imagen para que mi hija no sufra como sufro yo. Decidí hablar sobre eso, ya que conozco hermosas mujeres que odian sus cuerpos. Conozco mujeres que trabajaban con sus cuerpos y no pueden envejecer, ya que el ángel del cuerpo no envejece.

No sé cuál es el camino. Pero decidí caminar. Por Laura. Por todas las niñas. Por mí.

¹ *Embrace*, documental australiano dirigido y narrado por Taryn Brumfitt.

² *El ángel de la casa* es un texto extraordinario de Virginia Woolf publicado en *Profesiones para la mujer* y otros artículos feministas.

Naomi Wolf, en el libro *El mito de la belleza*, justamente escribe que el “ángel de la casa” de las mujeres del siglo XIX se ha transformado en el “ángel del cuerpo” de las mujeres del siglo XX. No, ella no utiliza esos términos (qué lindo sería si los usase, sería un encuentro literario entre Naomi y Virginia). Ella habla sobre el trabajo doméstico, la incorporación de la mujer al mundo del trabajo y una especie de complementación/sustitución de la opresión generada entonces por la dependencia económica que surge de la exclusividad del trabajo doméstico no remunerado por la opresión ejercida por el odio al propio cuerpo.

Por esta razón, las cuestiones estéticas también son importantes para las feministas. No es una tontería despolitizada vinculada sólo al amor propio. Si fuese así, no sería una tontería, sería importantísimo. Pero está relacionado con la estructuración de la opresión en la sociedad. Y mueve mucho dinero.

Brasil es el segundo país en la clasificación mundial de cirugías plásticas. En 2016, 839 288 personas se realizaron algún tipo de cirugía estética. Entre los procedimientos más realizados, el implante mamario encabeza la lista con más de 288 000 cirugías, según datos proporcionados por la Sociedad Brasileña de Cirugía Plástica (SBCP). En segundo lugar, se encuentran procedimientos como liposucción y abdominoplastia (empatan en 230 000 casos), mastopexia (levantar los senos, 144 000) y reducción mamaria (141 435). La franja etaria que lidera la clasificación es de diecinueve a treinta y cinco años, es decir, mujeres jóvenes.

La manera en que nos oprimen a partir del cuerpo es también un modo, o un mecanismo, de quitarnos fuerza en el espacio público. ¿Cómo osaríamos tomar un micrófono y

amplificar la voz si todo lo que queremos cuando “no estamos bien con nosotras” es desaparecer del mapa?

Haz conmigo un ejercicio mental y, si estás cerca de una playa o piscina, hazlo visualmente. ¿Cuántas mujeres se cubren el cuerpo cuando caminan por la playa? ¿Cuántas amigas tuyas nunca tienen ni tuvieron el llamado “cuerpo del verano”? ¿Cuántas se someten a cirugías plásticas (mucho más por imposición social que por elección consciente)? Ahora imagina u observa personalmente a los hombres jugando al fútbol en la orilla. Trajes de baño y panzas en exhibición. Corren felices con todo balanceándose. Ocupan el espacio público.

Un segundo ejercicio: el de la vejez. Los hombres envejecen. Las mujeres también. Los hombres quedan calvos. Les salen canas. Tienen “piernas de tío”, como diría un amigo mío. Las mujeres envejecen y es todo cremas, cirugías, alimentos. Es una búsqueda desesperada por la belleza de la juventud. ¿Es necesario?

¿Y los pelos? Ellos pueden tener barba o no. Lo que quieran. ¿Y nosotras? Todo es impuesto.

Entonces, dejemos de repetir frases superficiales como “las feministas no se depilan”, “las feministas son infelices con sus cuerpos imperfectos”, “las feministas son todas gordas”, “las feministas son unas viejas relajadas que dejan de teñirse el cabello para ser canosas, feministas”... y comprendamos que sólo queremos libertad para relacionarnos con nuestro cuerpo como los hombres se relacionan con el suyo, y deseamos que la sociedad nos permita relacionarnos con nuestro cuerpo en paz, del mismo modo que se lo permite a los hombres. Debería ser mucho más fácil.

Todos, todas y todes amamos a Eduardo Suplicy (sería un gran nombre para una película, ¿no?). No hay mayor

prueba de la diferencia en el trato entre hombres y mujeres, y en la autoestima masculina y femenina, que la famosa foto que se viralizó de él con un calzón rojo, a mediados de los setenta, cuando participaba en una protesta en Río de Janeiro. Nadie hizo comentarios sobre su cuerpo. Nadie consideró la hipótesis de que sólo un hombre blanco puede ir a la playa sin colocarse un pantalón corto sobre el traje de baño. ¿Qué mujer no se pondría un pareo, pantalones cortos o una falda? Y, aunque tuviese un cuerpo escultural, ¿qué mujer no sería criticada si apareciera con un hilo dental en una manifestación? De hecho, en resumen, ¿qué mujer no se transformaría en objeto de debate debido a su cuerpo o comportamiento en aquella situación? Al mismo tiempo, ¿qué mujer tendría la libertad para vivir aquella situación? No quiero nada menos que la autoestima de un hombre blanco por todas nosotras. Preferentemente, la de un buen hombre como Suplicy.





La manera
en que nos
oprimen a
partir del
cuerpo es
también un
modo, o un
mecanismo,
de quitarnos
fuerza en
el espacio
público.



Rutas mentales y miedo cotidiano dentro y fuera del transporte público

Cuando cursaba en la facultad, salía de clases alrededor de las 22:30. El conductor del autobús (el último de la línea con horario regular) siempre cometía una pequeña infracción de tránsito para ayudarme: se detenía fuera del carril para autobuses, una media cuadra más adelante, para que caminara menos por la noche. Recuerdo el teléfono público (las más jóvenes no tienen idea de lo que estoy hablando, ¿no? Era un teléfono que estaba en el medio de la calle). Este representaba mi mayor miedo: ¿quién saldría detrás de él? Nunca le conté a nadie que aprendí a caminar por el medio de la calle, a contramano. Un día, estudiando sobre violencia sexual, creo que en un texto de la ONU, leí el término “ruta mental” y descubrí que las mujeres, la mayoría de nosotras, se pasan la vida estableciendo mentalmente caminos con menos obstáculos. ¿Por qué? Porque un violador podría salir de atrás de cada teléfono público.

El día en que leí aquel término, sentí alivio, ya que durante veinte años no había logrado ponerle nombre al mie-

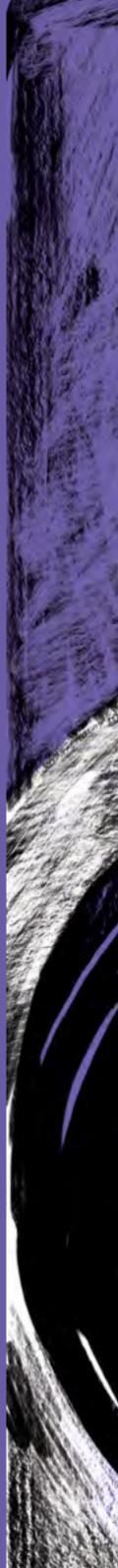
do que sentía, al hecho de que corría, a la gratitud hacia el conductor del ómnibus. Hoy lo sé. Es necesario hablar sobre lo que vivimos para no sentirnos solas. Ruta mental se llamaba lo que hacía todos los días cuando bajaba del autobús. Incluso seguí tomando el mismo autobús cuando mi madre se mudó de casa, aunque tuviese que caminar más, ya que el viejo camino, tres veces más largo, me parecía más seguro y con menos puertas de garaje.

Todo esto sucedía cuando bajaba del autobús, porque dentro de él tenía que huir de otros obstáculos. Allí, aprovechaba que subía cuando aún había poca gente y me sentaba sólo en dos lugares: detrás del conductor, en aquellos asientos reservados a embarazadas, hasta que llegase alguna y le cediese el lugar, o junto al cobrador. Solía dormirme mucho en los autobuses y me aterrorizaba despertarme con una mano entre las piernas, como le pasó a una amiga. Entonces, elegía estos lugares por miedo. Pensaba que allí nadie tendría el valor de hacerme nada. También porque iba conversando. El pavor no era sólo mío. Una encuesta realizada en febrero de 2019 por los institutos Locomotiva y Patrícia Galvão a usuarias de transporte público y aplicaciones en las cinco regiones del país, de las clases sociales ABCD, de dieciocho años o más, concluyó que la seguridad es el tema que más preocupa a las mujeres en cuanto a la locomoción. De las encuestadas, 46% no se sienten seguras al usar los medios de transporte sin ser acosadas sexualmente, ya que 71% de ellas conoce a alguna mujer que ya fue víctima de acoso en algún espacio público. Y escuchen esto: ¡casi todas las mujeres (97% de ellas) ya han sido víctimas de acoso en medios de transporte!

¿Y tú? ¿Tienes miedo cuando caminas por la calle? ¿Trazas rutas mentales? ¿Conoces los obstáculos físicos de tu

camino? ¿Compartes auto con amigas o usas aplicaciones por miedo? ¿Ya fuiste acosada en el transporte público o eres parte del privilegiado 3% de las mujeres brasileñas que escaparon de la estadística?

Es
necesario
hablar
sobre lo
que
vivimos
para no
sentirnos
solas.





Ideología de género: la invención de la fake news más grande de todas

Hace algunos años, cuando era procuradora de la mujer en la Asamblea Legislativa de Río Grande del Sur, organicé una ronda de seminarios llamados “Educación sin machismo” en docenas de municipios del estado. Estos seminarios abordaron el concepto de género y las formas en que podríamos tener una escuela asociada en la construcción de una relación de equidad entre hombres y mujeres, y que respetara las diversas identidades y orientaciones sexuales. En la práctica, analizamos los juegos infantiles, y discutimos las razones por las que perpetuamos ciertos papeles y prácticas sociales para hombres y mujeres. En una de las ediciones, en un municipio colonia alemana, me advirtieron que cierta iglesia evangélica (tradicional) había movilizó a sus miembros para enfrentarme a mí y a la llamada “ideología de género”. Hice toda la presentación de PowerPoint y di lugar a las preguntas. El pastor me dijo lo siguiente: “Diputada, estoy de acuerdo con absolutamente todo lo que dijo sobre juguetes y juegos para niños y niñas, la división del trabajo

doméstico y demás. Simplemente no estoy de acuerdo con la ideología de género”. Le pregunté qué instancia de mi discurso era ideología de género. Y él dijo: “Cuando dije que los niños no son niños y las niñas no son niñas”. Le pregunté si estaba de acuerdo con mi idea de que ciertas construcciones son el resultado de normas sociales y culturales. Él dijo que sí. Le pregunté si entendía que el concepto de masculinidad atribuido a los hombres desde temprana edad era parte de lo que volvía tan violenta a la sociedad. Él dijo que sí. Intenté hacerle ver que estaba creyendo mentiras. Él dijo que no. No comprendí cómo alguien estaba de acuerdo con absolutamente todo lo que me había escuchado decir, pero estaba allí para gritar contra algo que no existe: ¡la ideología de género!

Repasaré con ustedes los conceptos básicos para que no nos perdamos en esta discusión, ¿está bien?

La palabra género se usa erróneamente para hacer referencia al sexo biológico, es decir, el sexo al nacer. Para nosotras, el sexo biológico y el género son cosas diferentes. El **género** está asociado a construcciones sociales y, el **sexo biológico**, a características naturales.

El género, por lo tanto, es todo aquello que naturalmente no es “de niña o niño”, construido histórica y culturalmente, y que nuestra sociedad exige y entiende como el comportamiento apropiado de alguien en función de su sexo biológico.

Continuemos: las niñas nacen con vagina, los niños nacen con pene. La vagina no capacita a nadie para lavar los platos. El pene no vuelve a nadie jugador de fútbol. ¿Se entiende? Cuando citamos antes a Simone de Beauvoir con “no se nace mujer, se llega a serlo”,¹ hacíamos mención sobre

¹ En *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir.

todo esto. A la idea de que no hay un destino biológico para nosotras por tener útero, ni para los hombres por no tenerlo. Nuestro papel en el mundo se construye socialmente.

Aquí entran otros dos conceptos: **identidad de género** y **orientación sexual**. Al segundo, si bien siempre se le agrega una letra nueva (LGBTQ+), ya estamos más acostumbradas, y se refiere a la orientación sexual de la persona, es decir, por quién siente atracción romántica o sexual. La identidad de género, por otro lado, es el motivo principal de pánico entre las personas conservadoras en general, y hace referencia a con qué género se identifica la persona: el masculino o el femenino. Y existen las personas que no se identifican con ninguno de los dos géneros: las no binarias. Si la persona se identifica con el género que le fue conferido al nacer, es cisgénero. Si no se identifica, es transgénero. Yo soy una mujer cisgénero, heterosexual.

Confieso que nada me espanta y sorprende más que la fragilidad de la masculinidad. Cuanto más tóxica es la masculinidad, más frágil se vuelve. Noto que la libertad con que los y las jóvenes viven y experimentan su sexualidad es la base de la invención de esa ideología de género falaz.

Realizo una búsqueda rápida en internet y encuentro un video que dice que “la ideología de género es la idea de que los niños y las niñas **no son naturalmente diferentes**, que son los padres, la familia y la sociedad los que los hacen diferentes”. Todavía me sorprende la capacidad de construir mentiras a través de *fake news*. En otras palabras, confunden deliberadamente los conceptos de sexo y género para decir que, defendemos que no hay un papel definido para nosotras las mujeres por nacer biológicamente con útero y vagina, es decir, que no por eso estamos predestinadas, por

ejemplo, a ser felices sólo a través de la maternidad, queremos (*sic*) que los hombres queden embarazados y otras atrocidades.

Como defendemos una orientación sexual libre y la orientación/educación sexual en las escuelas, lo confunden deliberadamente y lo fusionan en un mismo tema, lo que produce *fake news*. Mezclan sexo con género, orientación sexual con orientación sexual libre. Incluso así surgieron las mentiras más potentes divulgadas en Brasil durante el proceso electoral de 2018 (el *kit gay*, la botella de “pene” y sus variantes). Surgieron porque las personas escuchaban las palabras por un lado, las tergiversaciones por otro y sacaban conclusiones. “Ah, mira, ella habla de género, entonces para ella una niña no es una niña. Defiende la orientación sexual en las escuelas, quiere que los niños tengan relaciones sexuales”.

Queremos hablar sobre educación sexual en las escuelas porque en 70% de los casos de violación en Brasil las víctimas tienen menos de diecisiete años y 50.9% tiene menos de trece años. Por ello, defendemos la idea de que los niños deben recibir orientación, desde pequeños, sobre cómo protegerse de la violencia sexual. Argumentan que la familia es la responsable de hablar sobre sexo con los niños. En un mundo ideal, sí. En la vida real: ¿quiénes son los violadores? Los conocidos representan 30% de los casos; los padres y padrastros, 12%. Es decir, la única posibilidad de salvar a un niño víctima de violencia es enseñándole que eso que sufre es violencia.

Hablar del cuerpo no es enseñar sobre sexo. En el caso de los niños, la educación consiste en hablar sobre qué es el afecto, la privacidad, el abuso. Es enseñar a respetar y defender el cuerpo, dar ejemplos sobre qué no es aceptable, como

que nadie puede sacarles la ropa ni tocar sus partes íntimas. Si eso ocurre, el niño no debe sentir vergüenza de contarlo de inmediato. En la adolescencia, consiste en hablar sobre consentimiento y prevención de enfermedades de transmisión sexual, de embarazos no deseados.

En sólo diez años, por ejemplo, el aumento de contagio de VIH fue de 700% entre el público de quince a veinticuatro años, según los datos del Boletín Epidemiológico VIH/SIDA 2018 divulgado por el Ministerio de Salud. ¿Cuál es la responsabilidad del silencio moralista en ese porcentaje?

Además, es inadmisibles que 73% de los jóvenes LGBTQ+ hayan sido agredidos verbalmente en la escuela debido a su orientación sexual, según la encuesta realizada por la ABLGT (Asociación Brasileña de Lesbianas, Gays, Travestis y Transexuales). 31.90% de los alumnos no toleran bien el hecho de tener un compañero LGBTQ+ y 24.6% de los alumnos con esas orientaciones sexuales ya sufrieron agresión física en el ámbito escolar. Cuando verificamos la situación de los niños transgénero en las escuelas de manera aislada, los números son aún más escandalosos: 82% de las mujeres trans y travestis abandonan la secundaria entre los catorce y los dieciocho años, según la encuesta que hizo en 2017 la RedeTrans (Red Nacional de Personas Trans de Brasil).

Por lo tanto, nadie necesita inventar una ideología de género. Necesitamos desinventar la ideología que ya existe, que es responsable de la sexualización de las niñas, el abandono escolar de estudiantes LGBTQ+, la violencia verbal sostenida en un falso discurso de libertad de expresión. Es necesario desinventar esa ideología que establece que un niño que lleva en andas una muñeca es homosexual, como si:

- 1] Ser homosexual fuese algo peyorativo.
- 2] Las muñecas no fuesen la mera reproducción de los niños que tendrán en el futuro: un niño se convierte en hombre y un hombre se convierte en padre.

**El silencio
sólo protege
a los
violadores,
LGBTfóbicos
y asesinos.
Hablar
nos permite
hacer
conciencia.**

Maternar, limpiar, cocinar: son actividades humanas y pueden realizarlas tanto niños como niñas desde la primera infancia

Los juguetes infantiles muestran exactamente el mundo que tenemos con todas sus limitaciones y posibilidades. Las tiendas, las divisiones de género en ellas; la falta de muñecas negras, la existencia de muñecas con estándares estéticos irreales, la absoluta mayoría de muñecas blanquísimas, rubísimas; los autos, las motos, los cohetes y la inexistencia de muñecos varones; las cocinitas rosas.

¿Cuántas veces escuché decir, cuando una niña se convierte en madre de manera precoz, a los trece o catorce años, que “tiene habilidad para sostener al bebé”? ¿Cuántas veces escuché lo contrario sobre hombres que fueron padres a los treinta? ¿Cuánto de esto se debe a los años que entrenamos cargando a nuestras muñecas de un lado para otro? Cuando nos damos cuenta de la diferencia en la rutina impuesta por la construcción de la división del trabajo entre hombres y mujeres, entendemos la lucha por termi-

nar con la división de los juguetes y juegos entre niñas y niños. ¿Por qué un niño no puede jugar con una muñeca (¿y por qué no existen muñecos?) si van a tener hijos? ¿Por qué la cocinita es un juguete que sólo se les regala a las niñas? ¿No comen los niños? Según los datos de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos), incluso en los países desarrollados, las mujeres pasan casi el doble de tiempo que los hombres realizando tareas domésticas y trabajos no remunerados. La jornada laboral diaria es similar: en promedio, los hombres trabajan ocho horas y, las mujeres, siete horas y cuarenta y cinco minutos. La diferencia es que de este conjunto de horas, los hombres trabajan dos horas y veintiún minutos sin recibir una remuneración y, las mujeres, cuatro horas y media. Si bien la diferencia en cuanto al acceso a determinadas profesiones se está reduciendo, la brecha existente en relación con el trabajo no remunerado no acompaña esta tendencia. En Brasil, según los datos del IPEA (Instituto de Investigación Económica Aplicada), esta diferencia es aún mayor: las mujeres brasileñas dedican, en promedio, 26.6 horas por semana al trabajo doméstico, mientras que los hombres solo dedican 10.5 horas.

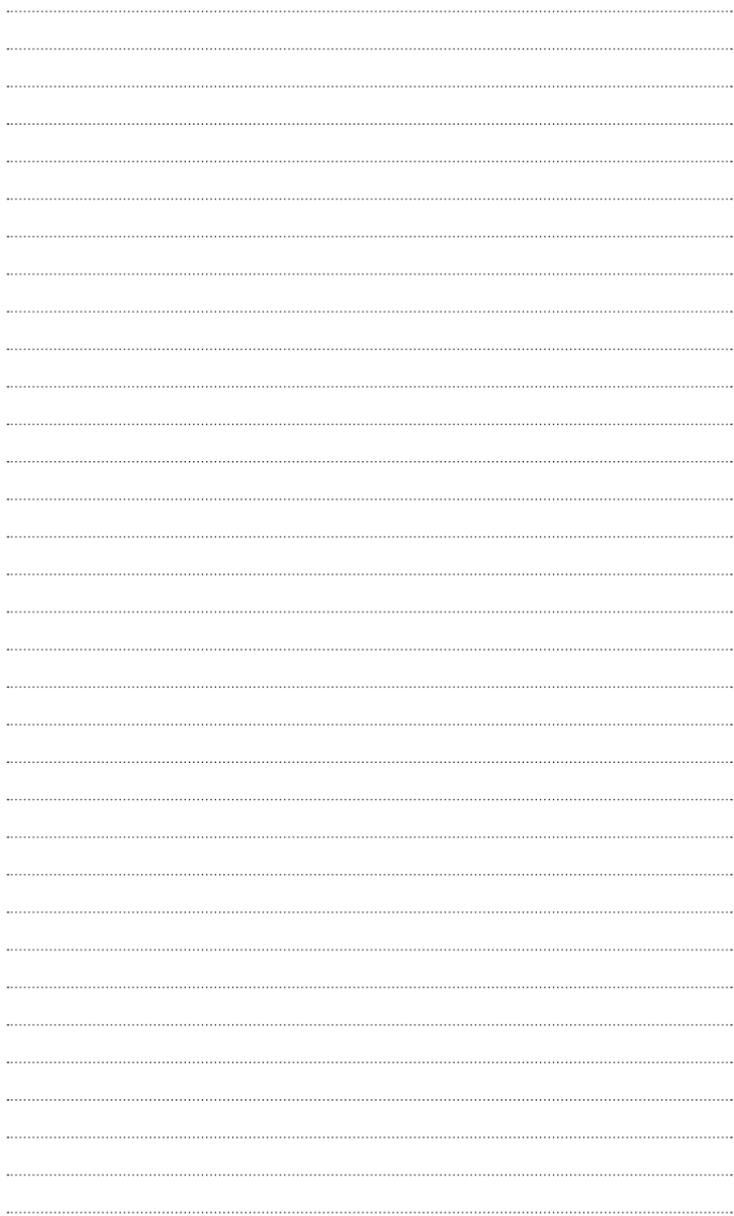
¿Por qué las niñas nunca reciben ajueres con cohetes o laboratorios de química y kits de construcción? Laura recibió un kit de “pequeño ingeniero”. Gabi, mi amiga, tuvo la amabilidad de escribir “pequeña ingeniera” en la parte superior. ¿Las niñas no pueden ser científicas? ¿Qué impacto tiene la ausencia de este estímulo en la participación de las mujeres en la ciencia? Según el censo escolar de 2001, 60% de los graduados son mujeres. Sólo 43% de los graduados en el área de ciencias son mujeres y la graduación de mujeres está disminuyendo: 39% en 2004

y 37% en 2008. En carreras como Física, en la mayoría de los países, la participación de las mujeres es de entre 10 y 12%. Y éste es un porcentaje que ha cambiado poco en los últimos cien años. Las mujeres comienzan a ayudar en casa a una edad muy temprana, lo que afecta su rendimiento escolar. La investigación realizada por Plan Brasil muestra, por ejemplo, que mientras 76.8% de las niñas lavan los platos, sólo 12.5% de los niños lo hacen. Y eso, tal vez, también influye en la menor participación de las mujeres en la ciencia.

Escuché millones de veces que podía viajar con Laura porque es una niña, pero “los niños tienen más energía”. Las hormonas masculinas y femeninas se inhiben durante la infancia y comienzan a actuar en la adolescencia. Aun así, las niñas están mucho menos estimuladas físicamente que los niños. Deben permanecer limpias, jugar menos en la calle porque, después de todo, “el que tiene un hijo varón sabe realmente lo que es la energía”. Y cuando tienes dos hijos me dices que es realmente diferente. Claro, amiga. No eres el Capitán Fantástico y no estás criando a los niños en una burbuja inmune a los valores de la sociedad. Tú los reproduces. En otras palabras, el género es esta construcción social que hace que los niños tengan más energía que las niñas y que notes esta energía y no comprendas realmente de dónde viene.

A los niños les gusta jugar con lo que se repite en su rutina diaria y aprenden a soñar lo que se les muestra. Por eso es urgente reinventar el juego. Para que los niños sean quienes son y sueñen en grande.

¿Por qué
un niño
no puede
jugar con
una muñeca
(¿y por qué
no existen
muñecos?)
si van a
tener hijos?



Las cosas no dejan de existir porque no tengan nombre en nuestro idioma

Seguramente escuchaste nombrar términos anglófonos en encuentros de mujeres y te avergonzaste de no saber lo que significan. Peor aún, tenías vergüenza de no saber siquiera cómo pronunciar esas palabras. Casi siempre son en inglés y difíciles de pronunciar: *maninterrupting*, *mansplaining*, *gaslighting*, *manspreading*, *double standard*.

Creo que debemos pensar de manera urgente cómo construir un feminismo popular. Ése para el 99%. Esto significa que no creemos que el conocimiento y la conciencia son obligatorios e innatos, sino que se construyen con los privilegios que tenemos. Si los tenemos y queremos acabar con ellos, la mejor manera es esforzándonos para que nos comprendan. ¿Hacemos juntas un ejercicio con estos cinco términos?

MAN INTERRUPTING

man (hombre)

interrupting (interrupción)

Es posible que ni siquiera tengas idea de lo que significa esta aburrida palabra en inglés. Sin duda, sabes lo que es tratar de hablar en el ámbito laboral con varios hombres y ser interrumpida todo el tiempo. De modo que esa palabra no es más que la interrupción de nuestro discurso por parte de uno o más hombres, quienes ni siquiera nos permiten terminar nuestro razonamiento. Busca cualquier entrevista en video a cualquier mujer en cualquier área y observa si pudo terminar sin usar la frase “déjame cerrar mi idea”.

MANSPLAINING

man (hombre)

explaining (explicación)

Sabes sobre un tema más que los demás, ya sea algo de la facultad, tu serie favorita, un partido de fútbol, la copa mensual pero... ¡Sorpresa! Hay un hombre listo para explicarte. Yo, por ejemplo, amo a los hombres que me explican acerca de cómo postularse para un cargo político, después de todo, todos han vivido mi vida. Repasa situaciones en tu vida o conversa sobre un sostén con amigos varones. Te sorprenderás. Hay uno que entiende más que tú. Aunque nunca haya usado un sostén.

GASLIGHTING

Término que debe su origen a la obra de 1938 *Gas Light*, sobre el abuso psicológico. “¡Estás loca!”, “Ella tiene SPM”, “Es una histérica”. Se trata de la forma de abuso psicológico en la que el manipulador hace que la víctima dude de su propia conducta, cuestionando incluso su lucidez.

MANSPREADING

(despatarre masculino)

Cada bendito hombre que se sienta a tu lado en el autobús, metro, avión. Esas piernas grandes o pequeñas se extienden como si no hubiera un mañana o una pasajera sentada al lado porque, por supuesto, cuando se trata de un pasajero, cierran las piernas rápidamente. Presta atención y observa si exagero.

DOUBLE STANDARD

(doble moral)

Doble moral para evaluar u opinar sobre el mismo comportamiento o acción. Piensa si tiene sentido: una mujer cocina, lava, camina, lleva a los niños a la escuela y los va a buscar, trabaja. También hace manualidades, prepara dulces para la fiesta de cumpleaños y organiza reuniones familiares. Todo normal. De hecho, casi todas hacen todo esto. ¿Un hombre hace todo eso? Rodrigo Hilbert. ¿Una mujer cría

a sus hijos sola? Es normal. Algo mal habrá hecho si “no logró retener a un hombre en casa”. ¿Un hombre cría a su hijo solo? ¡Wow! ¡Qué héroe! ¿Tiene algún sentido para ti o parece que exagero?

Debemos
pensar de
manera
urgente
cómo
construir un
feminismo
popular.



¡Viva el feminismo negro!

Como soy una mujer blanca, estas páginas son sólo para sugerirles que lean a feministas negras, que rompan sus propios prejuicios y reconozcan en ellas las voces dueñas de sus luchas, nuestras luchas. Comprendan la dimensión estructural del racismo en la sociedad brasileña y la necesidad de no naturalizar la falsa idea de que “mujeres” nos abarca a todas por igual. Por ejemplo, las mujeres lucharon para que tú, una mujer blanca, puedas trabajar, ¿verdad? Las mujeres negras siempre trabajaron, fueron esclavizadas y construyeron este país. Lean a Angela Davis, Sueli Carneiro, Djamila Ribeiro, Olívia Santana, Joice Berth, Elisa Lucinda, Carolina de Jesus, Conceição Evaristo. Léanlas y vean y reconozcan la importancia del feminismo negro.

Si queremos que el feminismo sea para 99%, para el feminismo popular en Brasil, necesitamos del feminismo negro. Después de todo, la mayoría de la población de Brasil es negra y mulata (54.9%, IBGE, 2016), y las estadísticas sirven para demostrar que la desigualdad brasileña tiene clase, raza y género. En los últimos diez años, por ejemplo, según el Atlas de la Violencia, la violencia contra las mujeres no

negras creció 1.6%, mientras que contra las mujeres negras aumentó 29.9%.

Recuerda: no es suficiente que no seamos racistas. Necesitamos ser antirracistas¹ y escuchar las voces fuertes de las mujeres negras brasileñas.

¹ Angela Davis.





Recuerda:
no es suficiente
que no seamos
racistas.
Necesitamos
ser antirracistas
y escuchar
las voces
fuertes de las
mujeres negras
brasileñas.



La violencia contra la mujer

“Vivimos en un país violento, los hombres mueren en masa”. No hay una sola vez en la que, al hablar sobre la violencia contra las mujeres, alguien no mencione esto. Es verdad. Vivimos en un país con una grave crisis de seguridad pública y necesitamos enfrentar las altas tasas de homicidios en Brasil de múltiples maneras (62 517 según el Atlas de la Violencia de 2018). En particular, no tengo duda de que es necesaria una nueva política nacional sobre el alcohol y las drogas para poner fin a esta guerra que sólo mata y encarcela. Recordemos que la violencia sólo crece, y también lo hace la población carcelaria (más de 700 000 presos, según Infopen, Encuesta Nacional de Información Penitenciaria), es decir, arrestar solamente no ha resuelto nada.

Sin embargo, cuando analizamos los datos relacionados con tales homicidios y violencia desde un punto de vista general, vemos que no es suficiente encontrar soluciones al problema de las drogas para enfrentar la violencia que afecta a las mujeres. Es necesario hablar de violencia doméstica, delitos motivados por el hecho de que la víctima es quien es.

Sí, Brasil es muy violento, pero no es violento de la misma manera con sus mujeres.

En 2017, por ejemplo, hubo 164 violaciones por día, pero ya que estos datos no se informan, se estima que podrían superar los 500 000 por año. Si bien las mujeres representan la parte más pequeña de los homicidios totales del país (4936 asesinatos de mujeres en 2017, un promedio de 13 homicidios por día, el número más alto en un decenio), son víctimas permanentes de la violencia entre los muros que deberían protegerlas: los de sus propios hogares. Cada hora, 22 mujeres recurren a la Ley Maria da Penha (193 000 mujeres en 2017).¹

Estamos hablando de delitos que hasta hace poco se llamaban “crímenes pasionales”, cometidos por hombres criados en un mundo en el que la masculinidad se ejerce desde la idea de la posesión de la mujer. “¿Cómo puede esta persona no querer estar más conmigo? ¿Cómo puede este ‘objeto’ desear una vida propia y tomar decisiones por sí mismo que impliquen construir una vida lejos de mí?” Brasil es uno de los países más peligrosos del mundo para que una mujer se involucre emocionalmente con un hombre. Brasil es el país en el que aún se dice que “no hay que meterse en una pelea entre un marido y su mujer” porque “el hombre puede no saber por qué la está golpeando, pero la mujer sabe por qué está siendo golpeada”, como si el delito por omisión de auxilio no fuese válido cuando la mujer que solicita ayuda conoce al agresor.

En cuanto a ello, tenemos dos conquistas recientes e im-

¹ Entra en internet y busca el Atlas de la Violencia, organizado por el IPEA y el Foro Brasileño de Seguridad Pública. Es un documento increíble.

portantes: la Ley Maria da Penha y la Ley de Femicidios. ¿Sabes por qué son tan importantes y por qué es tan importante que las defendamos?

En primer lugar, debes imaginar la situación, si afortunadamente nunca has sido víctima ni has vivido con alguien víctima de violencia doméstica. La víctima de violencia doméstica es o fue una mujer involucrada emocionalmente con su abusador. Imagina a ese tipo que te robó en la calle o que robó el auto de tu padre, combinado con el hombre con el que perdiste tu virginidad y el padre de tus hijos. Este es un buen perfil para comprender por qué es tan complejo para muchas mujeres denunciarlo y enfrentarlo, y por qué es tan importante crear conciencia, hablar sobre la violencia, tener espacios adecuados para recibir a las víctimas con sus hijos y contar con la estructura para garantizar medidas de protección.

Es necesario
hablar de
violencia
doméstica,
delitos
motivados
por el hecho
de que la
víctima es
quien es.





¿Quién es Maria da Penha?

La ley de violencia doméstica lleva el nombre de Maria da Penha, farmacéutica brasileña. ¿Por qué? Porque después de sufrir veintitrés años de violencia doméstica, en 1983, su esposo, el profesor colombiano Marco Antonio Heredia Viveros, intentó matarla dos veces. La primera vez le disparó simulando un robo, la segunda vez, intentó electrocutarla mientras ella se duchaba. Debido a las agresiones sufridas, quedó parapléjica. Fue declarado culpable cuando sólo faltaban seis meses para que se prescribiera el delito, diecinueve años después. El caso llegó a la Organización de los Estados Americanos (OEA) y fue considerado, por primera vez en la historia, un delito de violencia doméstica. La ley es considerada por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) una de las tres mejores legislaciones del mundo. En resumen, la ley permitió reconocer la gravedad de los delitos de violencia doméstica y se aprobó con un conjunto de garantías para las mujeres víctimas de este tipo de violencia.

Femicidio

Si existe el homicidio en Brasil, ¿por qué crear un nombre para la muerte de las mujeres? Porque ése es el nombre dado a la muerte intencional de mujeres por el hecho de ser mujeres. De hecho, tal vez sea buen momento para hablar de **misoginia**, porque el femicidio está directamente relacionado con el comportamiento misógino.

La misoginia es odio, aversión, asco, desprecio patológico hacia las mujeres. Les propongo un ejercicio triste. Abran ahora artículos periodísticos en internet y vean cómo las mujeres víctimas de violencia doméstica son ejecutadas. Docenas de disparos, puñaladas, cortes con tijeras. Miembros amputados. Así mueren las víctimas de femicidio. Nunca es “únicamente” la muerte, nunca la muerte puede ser justa. Sin embargo, la muerte marcada por el odio siempre es aún más cruel. Y es en manos de hombres que odian a las mujeres, hombres a quienes esta cultura machista les enseñó a objetivarlas. No aprendieron solos. Criemos hombres diferentes juntos y juntas. Por las mujeres que han muerto. Por las niñas que están creciendo. Por todas nosotras.

Final feliz (o no)

Duerme para siempre hasta que el desconocido perfecto la bese, va al baile para ser “elegida por el príncipe” o es tomada prisionera por un hombre feroz y se enamora de él. Los cuentos de hadas enseñan mucho más que a “ser una princesa”. Obviamente mi hija no se crió en una isla y conoce a todas las princesas. Sólo trato de mostrarle que me gustan más Moana y Elsa que *La bella durmiente*. Porque la cultura de la violación está presente en algunos cuentos de hadas, especialmente en los más tradicionales. Incluso los hermanos Grimm suavizaron algunas historias, adaptándolas. Por ejemplo, en la historia original de *Caperucita roja* no había un cazador, sino que estaba desnuda y moría devorada por el lobo.

Si crees que es una exageración, debes saber que es bastante común. Por ejemplo, la muchacha bebe en una fiesta, es violada y se avergüenza de denunciar. Después de todo, “ella bebió”. ¿No es esta historia parecida a la de *Blancanieves*, que se comió la manzana, o *La bella durmiente*, que puso su dedo en la aguja? ¿No lo hicieron conociendo el riesgo? ¿Luego no se besan sin expresar deseo? ¿No deberían estar eternamente agradecidas por esa oportunidad? *La bella y la bestia* (la historia favorita de mi infancia, no es un delito que me guste una princesa, esa bella estética y la extraordinaria

banda sonora de las películas) se trata de una mujer que es tomada prisionera por una bestia y que incluso se enamora en una prisión privada, descubre un hermoso “yo interior” en ese monstruo agresivo y violento. En este momento, miles de mujeres en todo el mundo tal vez piensen que deben salvar a las bestias y permanecer en relaciones abusivas y violentas.

Es necesario comprender cómo reforzamos a partir de estos cuentos de hadas ciertos patrones de comportamiento nocivos que buscamos cambiar para las mujeres y los hombres. Por cada Bella, hay una Bestia que sabe que habrá una mujer capaz de resistir esa violencia; por cada niña acostada, hay un candidato a “príncipe” resignado a su papel de hombre irresistible.

Y lo que llamamos la cultura de la violación es precisamente este ambiente de normalización de las relaciones sexuales sin consentimiento. Es pensar que se puede culpar a la víctima por la ropa que usaba, la cantidad de bebidas que tomó, el camino que realizó, el lugar que frecuentaba, su vida sexual anterior, haber besado antes, dónde estaba con el violador, haber mordido la manzana, haber tocado la aguja con el dedo.

Puede parecer una exageración, pero esta cultura comienza cuando estamos embarazadas y descubrimos el sexo biológico del bebé. Cuando supe que estaba embarazada de una niña, casi todos los colegas y los hombres con los que convivo y que tienen hijos varones dijeron que su hijo “conquistaría” a Laura. Como me encanta divertirme provocando reacciones, siempre decía que sí, les decía que quería que ella se divirtiera mucho, que ella conquistaría a sus hijos si así lo deseaba. Todos estaban perplejos. En este mundo donde las mujeres deben ser castas y los hombres

comportarse como “seductores”, necesariamente se producirá un choque. Este choque se manifiesta a menudo en el acto sexual no consensuado, una violación.

La imagen de los violadores que se vende en el cine, lamentablemente, no ayuda a confrontar la cultura de la violación. La idea de que la mujer sensual sea atacada en la calle por un desconocido no corresponde a la gran mayoría de los casos. Para que se hagan una idea, de un total de 22 918 casos de violación registrados en 2016 en Brasil, ¡50.9% de los casos se cometieron contra niños de hasta trece años! En estos casos, 30% de los agresores eran personas conocidas por la víctima y otro 30% eran familiares cercanos. Los adolescentes de entre catorce y diecisiete años representan otro 17%. Es decir, ¡casi 58% de las víctimas eran menores de edad!¹ En los casos de víctimas mayores de edad, 46.1% conocía a sus atacantes. Es decir, no estaban en la calle mostrándose sensuales y no se trataba de un desconocido. Es muy diferente de lo que nos muestran las películas. Y no hay un sólo cuento de hadas que hable de consentimiento.

Consentimiento: la persona no quiere tener relaciones sexuales. Ni la relación ni la circunstancia importan. Si la persona no quiere, es violación. Puede estar dentro del motel, casada, desnuda. El sexo sin consentimiento es violación.

Acoso sexual: un día mi esposo me preguntó: “Entonces, si la persona está en un bar y coquetea con la otra persona, ¿es acoso?” Pasó un tiempo, llegó un carnaval y vi una campaña del gobierno que decía algo grandioso: “Después

¹ Atlas de la Violencia 2018, presentado por el IPEA y el Foro Brasileño de Seguridad Pública.

de no, todo es acoso”. Entonces, puedes coquetear, pero si la persona dice que no, quiere decir que no. Nadie finge no querer, eso es algo que te contaron. La persona que dice que no, quiere decir que no.

Acoso sexual en el lugar de trabajo: es obvio que lo anterior no se aplica si sucede en el ámbito de trabajo y, sobre todo, si la persona tiene una posición jerárquica más alta que la tuya, fue sin consentimiento y te sientes coaccionada. Entonces debes hacer valer tus derechos como mujer trabajadora. Hoy hay un conjunto de colectivos de abogadas que te pueden orientar.

Para mí, es necesario hacer que Blancanieves, Aurora y Bella se rebelen y enfrenten a sus príncipes. No quiero ser aguafiestas ni arruinar la infancia de nadie. Ni piensen que cada vez que Laura mira a Bella le doy un discurso, porque soy madre, casi siempre estoy cansada. Lucho para que la información se amplifique y, en la vida real, las Bella de carne y hueso logren salir de casa e ir a la comisaría, que sepan que (casi) nunca se convertirán en príncipes. ¡Para que Blancanieves coma la manzana porque quiere hacerlo y, cuando el príncipe se acerque, los enanos griten y saquen a ese extraño de allí! Porque esto es lo que tiene que suceder cuando una de nosotras decide tomar alcohol y, desafortunadamente, bebe de más (suele suceder, le ha pasado a todo el mundo), y un tipo aparece y la viola, porque, después de todo, ¿quién le dijo que bebiera? Cuando nuestras niñas y mujeres se den cuenta de que éste es el comienzo de la cultura de la violación y la violencia contra las mujeres, comenzaremos a cambiar la idea que existe de un final feliz.

Es necesario
comprender
cómo reforzamos a partir
de estos
cuentos de
hadas ciertos
patrones de
comportamiento
nocivos que
buscamos
cambiar para
las mujeres y
los hombres.



“No trabajo ni sé cambiar un neumático. ¿Puedo ser feminista?”

El público se echó a reír cuando Patrícia, una brasileña de unos 55 años, le hizo esa pregunta a Marcia Tiburi durante un debate que tuvimos en Lyon, Francia. Pero Patrícia, una mujer con un doctorado en Biología (si mal no recuerdo), que acordó con su esposo que él cuidaría a sus hijos, no bromeaba. Estaba hablando desde un lugar muy común para muchas mujeres: sentirse juzgada y no acogida por las banderas y las causas del feminismo que conoce. Marcia respondió que, en primer lugar, es necesario entender que ella trabaja. Sí, el trabajo doméstico es invisible, infravalorado, considerado inexistente. Entiendo a Patrícia. Cuando Laura nació, me di cuenta de que en mis círculos de mujeres no existía mucho espacio (eso no significa que no pudiésemos crearlo) para el ejercicio de la maternidad que quería. Como debatíamos la naturaleza no obligatoria de la maternidad, la no idealización de la maternidad, el derecho al aborto, me sentía un poco avergonzada porque estaba muy feliz de ser la madre de Laura (a pesar de estar exhausta). Cuando de-

cidí no postularme para la intendencia de Porto Alegre en 2016, escuché a algunas personas decir que mi decisión era machista. Machista por decir que una mujer madre de una niña de cuatro meses no puede con todo. Realmente creo que no puede. Si eso implica postularse a la intendencia. Dentro de lo que creo y defiendo, el padre de un niño de 4 meses tampoco puede hacerlo. El error está precisamente en que todos normalizan la posibilidad de que él pueda. Digo todo esto porque, querida Patricia, tuve que construir espacios con mujeres para mí. Y ellas estaban allí. Ya estaban. No las conocía, no las veía. Ese feminismo ya existía.

Con esto quiero decir que sí, Patricia, puedes ser feminista de muchas maneras. Algunas de nosotras somos militantes políticas partidarias. Algunas se postulan para cargos electivos. Otras luchan en movimientos sociales. Otras van a las manifestaciones y organizan una lucha popular en los barrios. Hay feministas en la literatura, el arte, la ciencia. Está esa ama de casa, que no teorizó nada, pero les enseña a su hija y a su hijo qué es la libertad. ¡Ah! ¡Qué feminista! Está esa jugadora de fútbol que decide enfrentarse a la industria y hablar de cuán distinto es su salario con respecto al de los hombres, y esa empleada doméstica que decide denunciar la violación. Existe una profesora que acoge a una estudiante trans y aquella cobradora de autobuses que me hizo sentir segura al ir a clases todos los días. Puedes ser la primera mujer en ir al espacio, o ser la mujer negra que colorea la invisibilidad histórica de sus antepasadas. Puedes ser una madre que enfrenta la intolerancia religiosa o una madre que lucha por la diversidad para que su hija no sea víctima de lesbofobia. Es posible que sólo desees amamantar, o dar a luz, o no tener una cesárea o no sufrir violencia en el nacimiento de tu hijo. Está esa pionera feminista en su

profesión y también aquella que, como mi abuela, sabiendo el peso de no tenerla, me contaba todos los días el impacto de la dependencia económica.

Puedes ser feminista de muchas maneras. Lo más importante es que te reconozcas en esta lucha y entiendas que luchamos por el amor y la libertad para todas las jóvenes, para todas las mujeres, para toda la humanidad.

**Puedes ser
feminista
de muchas
maneras.**

Agradecimientos

Agradezco a mis amores Duca, Gui y Laura, son luz, rayo, estrella y luz de luna.

A mis padres, mis hermanas y mi hermano por las historias en esta vida.

También agradezco al equipo del Instituto E Se Fosse Você? por embarcarse en todas las locuras conmigo.

A Cris Lisboa, por siempre mirar hacia adelante y también por llevar pastel de chocolate.

Y finalmente, a mis amigas que escribieron sobre lo que les gustaría leer sobre el feminismo en un libro.

¿Por qué luchamos?

UN LIBRO SOBRE AMOR Y LIBERTAD

Manuela D'Ávila

Manuela D'Ávila explica el feminismo actual para quien todavía no lo conoce o comprende. Con ella es posible entender que el feminismo es un asunto de todas y de todos.

Es un libro dedicado especialmente a mujeres jóvenes que se quieren comprometer o quieren saber más y no se animan a preguntar.

Es, también, una conversación, un abrazo y un punto de apoyo para reflexionar sobre la maternidad y la sororidad, las diferencias y la igualdad, la deconstrucción y la libertad, la violencia doméstica y el miedo, en definitiva: todo aquello por lo que luchamos. La autora sugiere pero también interactúa con las lectoras, incita a la reunión, la cofradía y la escucha para asegurarse (y asegurarnos) de que las mujeres no estaremos nunca más solas.

Diseño de portada: VLA